

# Ezequiel Martínez Estrada y las formas centrípetas de la memoria nacional<sup>1</sup>

Martina Guevara

IIGG/CONICET

guevaramartina@gmail.com

## Resumen

Este trabajo busca estudiar cómo, en *La cabeza de Goliat* (1940), unos de los escritos canónicos del denominado “ensayo de interpretación” y catalogado dentro de la tradición “intuicionista”, pueden rastrearse en la fuerzas telúricas que conforman el mito estradiano del inexorable destino argentino ciertos formantes residuales de las metáforas somáticas propias del paradigma científico que sirvieron como fundamento a las novelas de corte positivista de finales de siglo XIX y principios del XX. Consideramos que la imagen del cuerpo social establecida en específico a partir de la metáfora del organismo enfermo (de la circulación sanguínea insana) guarda proximidad con la idea de circulación cíclica y eterna del mito. En términos generales, planteamos que el pasado intersubjetivizante desde el que se construye en esta obra una idea de nación está atravesado por dos direccionalidades antagónicas: una que lo enquistas y le adjudica una perennidad subyacente a todo desarrollo histórico posterior; otra que, para discutirlo, lo relativiza y lo entiende en su dimensión de constructo permanente y dinámico. Proponemos, finalmente, que *La cabeza de Goliat* está surcada por ambas lógicas en un ensayo que busca, también, hacer memoria sobre los procesos que llevaron a cristalizar, a través del olvido, una idea de pasado que exige una Nación en constante cambio y en permanente progreso.

## Introducción

En el último período de la adscripción en Teoría Literaria III y dirigida por Laura Estrin se buscó ampliar el eje explorado en su primer tramo donde se estudiaron las correspondencias entre ciencia y mito en parte de la literatura de Horacio Quiroga.<sup>2</sup> Así,

1. Martina Guevara es Licenciada y Profesora en Letras por la UBA. A su vez, realizó la Tecnicatura en Guion Cinematográfico por la Fundación Universidad del Cine. Actualmente es Investigadora Becaria por el CONICET y realiza el Doctorado en Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

2. Parte de esta investigación inicial se puede leer en las ponencias: “Mito y Ciencia. El establecimiento de una vieja forma de verdad en Horacio Quiroga”, en actas del V Congreso Internacional de Letras (2012) y, en coautoría con Lucrecia Vacca, “Mito, ciencia y literatura: algunos diálogos con el Romanticismo”, en el III Congreso Internacional de Literatura Cuestiones Críticas (2013).

en la tapa final de la adscripción, se decidió problematizar el eje inicial trabajándolo desde su vínculo con la formas de constitución de la identidad nacional. Específicamente, nos propusimos realizar un análisis crítico del período argentino comprendido entre los años 1930-1943 por entender que el primer golpe militar a la democracia argentina, sin obviar por ello los debates dentro de la historiografía contemporánea<sup>3</sup>, marca un punto de quiebre respecto al modelo liberal argentino y genera la necesidad de búsqueda de una identidad nacional por fuera de la idea de un Estado unificador. La ruptura con un modelo que confiaba en el progreso inevitable de la sociedad argentina anclado en las instituciones derrumba, a su vez, el paradigma científico que sostenía esta convicción; ¿puede, nos preguntamos entonces, verse en el mito la posibilidad de construcción de una nueva episteme? ¿Cómo se conforman las nuevas representaciones de la identidad nacional? ¿Qué lugar ocupa en este sentido la literatura y la ensayística del período?

En el caso particular presentado en este trabajo, nos propusimos estudiar cómo, en *La cabeza de Goliat* (1940), unos de los escritos canónicos del denominado “ensayo de interpretación” y catalogado dentro de la tradición “intuicionista”, pueden rastrearse en la fuerzas telúricas que conforman el mito estradiano del inexorable destino argentino ciertos formantes residuales de las metáforas somáticas propias del paradigma científico que sirvieron como fundamento a las novelas de corte positivista de finales de siglo XIX y principios del XX. La imagen del cuerpo social establecida en específico a partir de la metáfora del organismo enfermo (de la circulación sanguínea insana) entra en proximidad con la idea de circulación cíclica y eterna del mito. En términos generales, el pasado intersubjetivizante desde el que se construye una idea de nación está atravesado por dos direccionalidades antagónicas: una que lo enquistas y le adjudica una perennidad subyacente a todo desarrollo histórico posterior; otra que, para discutirlo, lo relativiza y lo entiende en su dimensión de constructo permanente y dinámico. Proponemos que *La cabeza de Goliat* está atravesada por ambas lógicas en un ensayo que busca, también, hacer memoria sobre los procesos que llevaron a cristalizar, a través del olvido, una idea de pasado que exige una Nación en constante cambio y en permanente progreso. A su vez, estas circulaciones se anudan al expresar, en relación a la circulación sanguínea, la substancia del Ser Nacional y el devenir constante y eterno que da lugar a su mito.

Ezequiel Martínez Estrada publica *La cabeza de Goliat* en 1940. Para ese entonces, ya había pasado por varios momentos consagradorios dentro del campo intelectual, en un corrimiento de posiciones consecuente con los cambios que acontecen entre la década

3. Por ejemplo, Darío Macor (1995) en su artículo “Imágenes de los años treinta la invención de la década del treinta en el debate político intelectual de la Argentina setentista” explica cómo los años comprendidos entre 1930 y 1943, entendidos en tanto representativos en su conjunto de la crisis del modelo liberal y explicativos de los procesos venideros, adquieren en especial, tras la caída de Perón en 1955 y hasta mediados de los setenta, mayor densidad significativa.

del 20 y la del 30. Ezequiel Martínez Estrada fue parte de la hermandad intelectual que conformaron con Horacio Quiroga y Luis Franco bajo la égida de Leopoldo Lugones y el respaldo editorial de Samuel Glusberg con su sello BABEL. Su consagración se da desde las páginas de *La Nación* cuando Lugones, en 1929, le atribuye el epíteto de “laureado de gay mester”, mismas desde donde el escritor de *La hora de la espada* publica los artículos que, como señala Adriana Lamoso, contribuyeron a generar la base de sustentación necesaria para que el golpe militar del 30 pudiese llevarse a cabo.<sup>4</sup>

La ruptura que de esa grey conformada entorno a Lugones acontece luego del golpe de septiembre. Martínez Estrada condena a los intelectuales que resultan funcionales a ese régimen y, luego de 1933, tras la publicación de *Radiografía de la Pampa*, se aleja del centro de la escena intelectual tras acusar a la crítica de serle reticente. Desde ese corrimiento conforma, a la vez, una idea del pasado que define a la Nación de modo alterno al que desde la hegemonía estatal se propone. Si bien a los ‘30 se les atribuye el impulso de una historiografía que comienza a cuestionar las ideas preestablecidas sobre la historia nacional- cuya manifestación más clara es el “revisiónismo histórico”-, no menos cierto es que marca también una mayor participación de los historiadores en políticas específicas del Estado<sup>5</sup>. Los cuestionamientos al ideario del pasado nacional desde su reclusión en la quinta de Goyena deben entenderse, también, en ese contexto. Sin embargo, Adolfo Prieto da cuenta de que la recepción de la obra de Martínez Estrada dentro del campo cultural difiere de la percibida por el propio autor:

*Radiografía de la Pampa*, lejos de significar el ostracismo para el autor, le valió ser galardonado con el Segundo Premio Nacional de Literatura, y una crítica, si reticente y parca en el primer momento, ampliamente comprensiva en los años inmediatamente posteriores. La revista *Sur* lo incluyó en su comité de redactores permanentes; *La Nación* le brindó desde siempre las páginas de su suplemento literario; la Sociedad Argentina de Escritores le otorgó su Gran Premio de Honor en 1948 (7).

Esta contradicción entre el mito construido del autor incomprendido y las repercusiones efectivas que tuvo su obra tiene su correlato en la configuración de sus escritos<sup>6</sup> y, en específico, en *La Cabeza de Goliath*. Como advierte Horacio González, la prosa ensayística de Martínez Estrada se articula a través de una serie de alegorías que interrogan los objetos diarios para “que suelten su drama de angustia y emancipación” (171) con el fin de superar el estado de falsificación general de los significados. La

4. “Dos características salientes del movimiento del 6 de septiembre: su debilidad en lo militar y su éxito en la opinión” (De Privitellio: 100).

5. Ver: Cattaruzza (2001).

6. La hipótesis de Prieto es que esta disociación entre las repercusiones de su obra y la construcción del escritor incomprendido responde tanto a la tentación de asimilar su imagen a la del “rezagado romántico” afín a Sarmiento y a Lugones como a las repercusiones que en su sector social conllevó la crisis del modelo liberal iniciada tras el crack financiero del ‘29.

entidad de un pasado tan abyecto como verdadero es lo que descubren en su fondo todas estas alegorías. Para Martínez Estrada, como conceptualiza en *Radiografía de La Pampa* y retoma luego en *La Cabeza De Goliat*, la constitución de la Nación Argentina está fundada sobre un pasado que es víctima de la fantasía colonizadora de Trapalanda. El origen comunal de la Nación, por el contrario, es el de pampa profunda que terminará por resurgir desde los adoquines de la ilusoria Buenos Aires: “Vivimos con aquellas minas de Trapalanda en el alma. El antiguo conquistador se yergue todavía en su tumba, y dentro de nosotros, mira, muerto, a través de sus sueños frustrados”(1993: 9).

Pero el patrón literario en el que se hilvanan las alegorías genera un entramado donde estas se articulan a través de un remiendo y de una alteración constante que opacan el dilucidamiento de la verdad interior buscada. La realidad nacional profunda que, por un lado, Martínez Estrada encuentra con el suficiente arraigo como para determinar el derrumbe inevitable de las estructuras civilizatorias insustanciales parece, desde las formalizaciones con las que se la busca, condenada por los mismos borramientos, confusiones y alteraciones que en sí misma sufrió a lo largo de la historia argentina. Así la escritura se articula en torno a sentencias que, como indica Terán (2008), no se sistematizan o, como señala González (2007), parecen brotar de cuerpo enfermo y espasmódico. Nuestra hipótesis es que dicha operación formal, en el caso de *La Cabeza de Goliat*, se corresponde con una lógica de la circulación que parece recorrer todo el texto y funcionar como una alegoría mayor. Las alegorías o sentencias que se van renovando de manera constante para imposibilitar su sistematización componen una circulación incesante que parece girar siempre sobre un mismo eje enquistado del suelo argentino y que produce, a la final, un movimiento aparente pero yermo. De esta forma, la circulación que en *La Cabeza de Goliat* invade todos los aspectos de la vida de Buenos Aires no sólo funciona como develación de la identidad argentina, sino como la alegoría de las propias dificultades de la memoria para acceder a un pasado que, si bien nos define, nos es esquivo. En específico, porque el pasado sobre el que la alegoría circulatoria se afina es, a su vez, como se señaló, un constructo ilusorio e impuesto. El pasado verdadero llega al lector como destellos vencidos a la opacidad de la fantasía colonizadora, al olvido.

## 1. La circulación hacia Buenos Aires.

La Nación argentina se define por una circulación primera: la del interior respecto a la capital federal. Buenos Aires es la cabeza desplazada que da el título a la obra y que imanta al resto del país. A sus fauces llega la producción nacional por lo que los límites de Buenos Aires estarán definidos por las estaciones de ferrocarril que permiten el arribo de las mercancías. Sin embargo, esta circulación de bienes hacia la ciudad no fluye armónicamente, sino que se trata de una dinámica enferma. La cabeza de la Nación Argentina, siguiendo los remanentes de una lógica positivista en plena decadencia, sufre de una enfermedad: la hipertrofia. De esta forma, Buenos Aires

succiona la sangre del resto del país, sin por eso devolverle al organismo social una más oxigenada y, en su dominio, se vuelve la alegoría principal de la Nación. Sin embargo, en la lógica contradictoria de las alegorías de Martínez Estrada, la Nación se distingue también por su acefalía. Por las noches, cuando las estaciones de ferrocarril cierran sus puertas, el país detiene la circulación que la define y la desgasta. Argentina es, por lo tanto, tanto una cabeza hipertrófica como una Nación acéfala<sup>7</sup>. Es decir, que si Argentina se define por Buenos Aires, por momentos carece de identidad.

A la forma particular de esta circulación perenne, discontinua e infructífera del país se le suma una característica de carácter psicológico. El cuerpo es víctima de una ilusión que irradia su cabeza y que recae también sobre ella: “Más que una ciudad, dígame que Buenos Aires es un fenómeno psicológico” (Martínez Estrada, 1968:11). Es una ciudad que ha perdido su materialidad para volverse el trazo de lo que se deseó que fuera. Se debe recordar que la idea de un progreso indefinido cuyo vector sea Buenos Aires es un constructo que el proyecto liberal argentino necesitó para configurar una identidad nacional acorde a su modelo económico. Como señala Balibar y Wallertsein (1991), el nacionalismo es la expresión y el motor de la uniformidad social que, a nivel del Estado, ayudan a legitimar los intereses particulares de un grupo dominante. A su vez, según esta línea de pensamiento, las definiciones respecto a la nacionalidad responden al posicionamiento o a un proyecto de posicionamiento respecto a otras Naciones a escala global. La idea de Argentina como granero del mundo tiene su correlato en la circulación de la producción provincial hacia la ciudad porteña y el carácter ilusorio que se adjudica a esta construcción puede explicarse también en el contexto en el que se inscribe *La cabeza de Goliat*. La crisis del 30 produjo una reconfiguración de las relaciones internacionales donde las políticas proteccionistas de las principales potencias tendieron a un deterioro marcado de los términos de intercambio para la Argentina. Buenos Aires se vuelve así no sólo un órgano enfermo que desgasta al resto del cuerpo nacional, sino también un espejismo. De esta forma, el movimiento circulatorio que define a la Nación Argentina va más allá de ser infructífero: es un salto hacia el vacío. El “holocausto de carácter psíquico” (Martínez Estrada, 1968: 12) es la alegoría final de Argentina, su identidad y su proyecto tienen su basamento en una irrealidad. La serie alegórica – circulación anémica, circulación esporádicamente acéfala- se complejiza: Argentina no es sólo acéfala cuando las estaciones cierran, lo es continuamente. Si la Buenos Aires desde la que se asienta la nacionalidad argentina no existe como tal, la circulación hacia ella es, por lo tanto, también una fantasmagoría.

## 2. La circulación dentro de la cabeza.

Los ferrocarriles que adentran las mercancías provinciales continúan su circulación en

7. “A cierta altura de la noche las estaciones se cierran al tránsito, y hasta que reanudan el servicio, a la mañana siguiente, han desconectado la ciudad del país” (Martínez Estrada, 1968:25).

la red de transporte interurbana.

Los trenes de carga cesan al llegar a las estaciones, en tanto que los de pasajeros empalman con los tranvías, ómnibus y demás vehículos de circulación interna, como si más bien que formando un sistema de comunicaciones, se transformaran sin dejar de ser los mismos. (Martínez Estrada, 1968:25)

En la red de transporte, no solo encuentra Martínez Estrada los límites de la ciudad capital, sino también la substancia de Buenos Aires. Es la circulación incesante de tráfico la alegoría principal que define a la ciudad porteña sintetizada como un el andén. Al igual que la que se da a escala nacional, la circulación de Buenos Aires es incesante, pero estéril: “Pista incesante de tráfico; cada día recomienza en el lugar en el que cesó la noche anterior, y es como si girara sobre si mismo por una fuerza que nace de su interior, busca irradiarse y no lo consigue” (Martínez Estrada, 1968:23). De esta forma, la alegoría circulatoria que sintetiza mejor a Buenos Aires es la surcada por el subterráneo que, a su vez, se transforma en la válvula de escape de ese ansia de movimiento carente de obstáculos; no obstante, el subterráneo puede transitar dentro de los límites del subsuelo y de una ruta fija y reiterada.

A su vez, si bien esta idea circulatoria que caracteriza a Buenos Aires parece dar la idea de continuum, sufre las mismas contradicciones que la circulación mayor que caracteriza a la Nación toda: su trayectoria, del mismo modo que la escritura de Martínez Estrada, es espasmódica. La cabeza hipertrofiada se corresponde con otra alegoría somática que es la del corazón enfermo. La velocidad de Buenos Aires se define como una taquicardia, así la sangre que corre por las venas de la ciudad (que la identifica) corre necesariamente de manera continua aunque por espasmos y agitándose más de lo que logra avanzar. Es, escribe, como un hombre que está en la cama “con ciento cincuenta pulsaciones por minuto” (1968:23).

Otra serie de antinomias caracterizan también a la circulación dentro de Buenos Aires. Por un lado, es un movimiento totalitario que no puede dejar de afectar cada vértice de la ciudad y cuya condición está determinada por un pasado impuesto en la época colonial. Debido a los prejuicios sociales de los conquistadores, Buenos Aires no está pensada para ir a pie, sino para ser transitada a caballo: “A su vez, es una ciudad de choferes porque no es una ciudad para ser caminada, por el viejo orgullo ecuestre español” (Martínez Estrada, 1968:28). Por otra parte, haciendo lugar al entretejido de sentencias en continua superposición, los movimientos de Buenos Aires se articulan también gracias a una forma aparentemente anárquica: “Las cosas dan la impresión de que se precipitan sin control total, esquivándose” (Martínez Estrada, 1968:23), pero que, no obstante, responden a una ley mítica que se subleva a la fundación colonial, a una identidad que la urbe quiere ocultar y que, sin embargo, reaparece posibilitando la vida. La circulación en Buenos Aires es factible porque de sus entrañas resurge el espíritu de los cuchilleros: para que los choferes y los transeúntes no se choque entre sí tiene que emanar la vista de los cuchilleros, del placer de salir ileso en cada lance (Martínez Estrada, 1968:24).

Buenos Aires internamente sufre de la misma condición que genera en el resto del país: la ilusión de la idea de progreso. La agitación enferma de un cuerpo postrado define cada uno de sus actos. Así, la ciudad no avanza por construcción sino por destrucción:

“Conduce en el balance anual al aumento de las manzanas edificadas y del volumen de población, a un crecimiento de cualquier clase, al cambio de domicilio, a la superposición de pisos, a la quiebra de negocios y a nuevas instalaciones, no al poder firme ni al progreso humano”. (Martínez Estrada, 1968:23)

Quiebran de este modo su unidad ciudadana para:

“Venerar un pasado que modifican a su antojo y que consiste casi siempre en arrasar con la verdad y la realidad superviviente (enclavada en la tierra) para adorar regularmente una ficción empotrada en una clausula retórica. Así como nuestra historia ha sido involuntaria pero sistemáticamente falseada por escrúpulos urbanísticos”. (Martínez Estrada, 1968:62)

La idea de Buenos Aires como vector del progreso nacional en el ideario positivista de la generación del '80 se vincula a la necesidad de cosmopolitismo. No ha de sorprender, siguiendo la lógica hasta ahora presentada, que *La cabeza de Goliat* se encargue de emancipar a la nacionalidad de sus lazos con el resto del mundo: “La naturaleza no consistió nunca el contacto abierto con Europa, sino restringido y condicional; el río de la Plata es un estero al océano; hay que dragarlo constantemente” (80).

Pero esta circulación interna no es sólo inconstante a pesar de ser incesante, totalizante a pesar de ser anárquica, destructiva a pesar de aparentar ser progresiva, sino que, al igual que la circulación nacional, es una fantasmagoría. Buenos Aires se vuelve por momentos todo lo contrario a un movimiento perpetuo, se convierte en una tumba: “Desde MUY *alto*<sup>8</sup>, una ciudad no difiere de un cementerio [...] Pero la casa es una tumba si la ciudad es un cementerio, y a la casa de los muertos corresponde la tumba de los vivos” (Martínez Estrada, 1968: 229).

Entre el movimiento inerte y la circulación eterna, se encuentra Buenos Aires representada alegóricamente como una prisión. Al igual que la tumba, la realidad de la ciudad como una cárcel se explica en su pasado colonial: la primera construcción virreinal, el Cabildo, funcionó en sus orígenes como una cárcel. Sin embargo, el presidio presenta también su propia circulación que tiene más de un rasgo en común con el movimiento taquicárdico que describía al tránsito de Buenos Aires. En *La cabeza de Goliat* se asevera que las pestes propagadas e incubadas en la cárcel del Cabildo condicionaron el movimiento y el devenir de Buenos Aires:

8. El énfasis corresponde al autor.

“La iconografía más antigua de toda ciudad es semejante a una cárcel. Antes de fundarse Buenos Aires la cárcel estaba, como la encina en la bellota, en la nave capitana de don Pedro de Mendoza [...] Hasta la habilitación de la Penitenciaría (28 de mayo de 1877), la cárcel del Cabildo era la principal [...] Los presos se sostenían principalmente de la caridad pública, que durante mucho tiempo solicitaban colocándose tras las rejas. Después tenían un día en la semana que se les consagraba llevándose los con custodia por las calles de la ciudad [...] Del estado antihigiénico de la cárcel provenían las epidemias que azotaban periódicamente a la ciudad”. (Martínez Estrada, 1968:38-39)

Se podría concluir, entonces, que la fundación de Buenos Aires inicia el circuito enfermo que la condiciona desde ese momento. Es ese pasado abyecto el que impide el movimiento libre de Buenos Aires y es parte de la enfermedad psíquica del país sólo ver una ilusión de Buenos Aires que no deja recordar su pasado enfermo. Pasado, ilusión y olvido forman parte de las alegorías de un movimiento eterno, enfermo e inerte con el que se pretende aprehender a Buenos Aires y, con ella, a la identidad Nacional toda.

### 3. Circulación del ciudadano

Buenos Aires, indica *La cabeza de Goliat*, no es una ciudad para peatones. La circulación constante de tráfico tiene sus mecanismo de perdurabilidad en un cemento que hace imposible su recorrido a pie al aislar al transeúnte del “contacto directo con la naturaleza de todo el país” (1968:89) y las razones a las que apela, no exentas de ironía, recurren a la tradición positivista: “desde el punto de vista darwiniano es el pavimento una defensa económica de la ciudad para mantener su tránsito. Nos obliga a tomar un vehículo aun por pocas cuadras “(1968:89). De manera tal que el automóvil funciona como la alegoría de la vida colectiva de la calle. A su vez, el reloj marca la vida mecanizada del individuo, aunque, como era de esperarse, los relojes de la ciudad de Buenos Aires tienen la particularidad de no funcionar correctamente: “si esos relojes estuvieran detenidos tendrían el mismo sentido para la ciudad” (1968:36). El habitante de Buenos Aires se mueve, por lo tanto, colectivamente en un tránsito que, como vimos, presenta un avance ficticio y que se acciona de manera individual siguiendo un tiempo errado. Por otra parte, el ciudadano porteño, víctima de la mutación distorsionada que sufrió Buenos Aires y que la transformó de un supuesto lugar de refugio a una cárcel, es a la vez un prisionero. Además, al igual que la nación y la ciudad, sufre también de una enfermedad provocada por la circulación de la urbe que, en este caso, produce la distorsión de los sentidos: “La ciudad atrofia los sentidos: acorta y enturbia la vista, encallece el pie, embrutece el oído”( 91). Pero, sobre todo, estos recorridos urbanos se subyacen a la circulación del dinero. Buenos Aires es, por sobre todo, una ciudad comercial:

“La segunda fundación de Buenos Aires respondió a la necesidad de mantener un mercado de intercambio al comercio de ultramar con los productos del Virreinato. Desde ese momento, la historia de la ciudad siguió paralelamente al desarrollo del comercio”. ( Martínez Estrada, 1968:96)

La circulación pecuniaria es la arista final que circunscribe la representación de Buenos



Aires y que se remonta, nuevamente, a la ilusión colonizadora. Ya en los primeros apartados de *La Cabeza de Goliath* se indica: “Hay un mismo afán de velocidad en el chofer, en el peatón, en el comerciante...”(1968:23) y ,siguiendo su lógica mítica, se puede pensar que estos tres integrantes de la ciudad son también productos reverberados de la ciudad dorada de Trapalanda.

## Conclusión

Las series alegóricas que describen la circulación del Interior del país a Buenos Aires, la interna de la ciudad capital y la de sus ciudadanos interactúan sin llegar a configurar un entramado consistente al alterar entre la intermitencia, el dinamismo, la enfermedad, el aprisionamiento y la muerte. Y en ellas juegan, a la vez, la lógica del mito y la de la ciencia. La circulación de Buenos Aires y la Nación toda se circunscriben al devenir mítico -inmóvil, ya que sus cambios circunstanciales corresponden a variaciones superficiales de una trayectoria prefijada y eterna- de un mito a su vez falso: Trapalanda. También lo hacen a partir de la microcopia de una circulación sanguínea errática, bárbara y enferma que la identifica. Ni el pasado que se oculta tras el movimiento ni el velo con el que se lo cubre permiten coincidencias con la idea de progreso. Si bien nos parecería un error conceptual pensar este ensayo como pertenecientes a los discursos que, en Europa y recién a partir de esa época, empiezan a cuestionar la existencia de una verdadera substancia nacional<sup>9</sup>, sí es un detalle destacable que, junto a otros textos del período, encuentre necesario discutir verdades identitarias anquilosadas. En los mismos años en que “los historiadores argentinos comenzaban a intervenir de manera activa y centralizada en las estructuras estatales y en el trazado de políticas culturales” (Blasco: 1) y a un año de la inauguración del Museo del Cabildo con el fin de custodiar el patrimonio moral de la nación para trasmutar “el pasado ideal en la tradición viva que es fuerza moral y esplendor de las naciones” (2014:10), Martínez Estrada, por el contrario, verá que:

El Cabildo, con su cárcel inherente, había sido hasta las vísperas de 1880 el foco de infección corporal y moral que contaminaba a la población: pestes y escándalos partían de allí y se propagaban hasta los alrededores, donde también había sus focos parroquiales de inmundicias y de libertinaje”. (1968:170)

Para finalmente concluir que Buenos Aires le debe su grandeza a los caños de desagüe.

## Bibliografía

ADRIANA Lamoso. 2010. “Notas sobre la vida cultural en Argentina: Radiografía de la pampa y otros escritos de Ezequiel Martínez Estrada”. En Actas del IX Congreso

9. Elías Palti sitúa a los conceptos antigenealógicos de Nación luego de la primera postguerra.

Argentino de Hispanistas. La Plata: FaHCE.

BALIBAR, Etienne; WALLERSTEIN, IMMANUEL. 1991. *Raza, nación y clase*. Madrid: Iepala.

BLASCO, Elida. 2014. “La intervención de los historiadores en la organización del Museo Histórico del Cabildo y la Revolución de Mayo (Buenos Aires – Argentina-1938-1943)”. *Patrimonio e Memoria*, Vol.10.N.1., Universidade Estadual Paulista, pp.4-27.

CATTARUZZA, Alejandro. 2001. “Descifrando pasados: Debates y representaciones de la historia nacional”. En Cattaruzza, Alejandro. *Crisis económica, Avance del Estado e Incertidumbre Política (1930-1943)*. Buenos Aires: Sudamericana.

DE PRIVITELLIO, Luciano. 2001. “La política bajo el signo de la crisis”. En Cattaruzza, Alejandro. *Crisis económica, Avance del Estado e Incertidumbre Política (1930-1943)*. Buenos Aires: Sudamericana.

GONZÁLEZ, Horacio. 2007. *Restos Pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del Siglo xx*. Buenos Aires: Colihue.

MACOR, Darío. 1995. “Imágenes de los años treinta. La invención de la década del treinta en el debate político intelectual de la Argentina sesentista”. En *Documento de Trabajo* N° 3, Programa de Estudios Interdisciplinarios de Historia Social CAID .Santa Fe: UNL.

MARTÍNEZ ESTRADA. 1968[1944] *La cabeza de Goliat*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

MARTÍNEZ ESTRADA. 1993 [1933] *Radiografía de la Pampa*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

PALTI, Elías. 2006. *La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

PRIETO, Adolfo. 2013. “Martínez Estrada. El narrador y el lenguaje del mito”. En *Estudios de Literatura Argentina*. Quilmes: Editorial Universidad Nacional de Quilmes. Obtenido de: <http://www.bn.gov.ar/media/page/martinez-estrada-el-narrador-y-el-lenguaje-del-mito.pdf>.

TERÁN, Oscar. 2008. *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Argentina: Siglo Veintiuno Editores.